





LA  
CIUDAD  
BAJO LA LUNA



NEREA RIESCO

LA  
CIUDAD  
BAJO LA LUNA

algaida



Diseño de cubierta: [www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)  
Imagen de la página 352: Yulianas/123RF

Primera edición: 2022



© Nerea Riesco, 2022  
© Algaida Editores, 2022  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9189-710-1  
Depósito legal: SE. 106-2022  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A los héroes que no querían serlo.  
A los que enviaron a luchar sin armadura.  
A los que ignorando la incertidumbre  
siguieron en sus puestos.  
A los sanitarios en general.  
Y a mi médico, Gabriel Trinidad (siempre),  
en particular.*





# PRÓLOGO

A B C DOMINGO 12 DE MAYO DE 1929. EDICION DE

## TRIBUNALES, CRIMENES Y SUCESOS DE SEVILLA



### Informaciones del Gobierno Civil

#### Aparece un cadáver

#### en el Guadalquivir

*Sevilla 11, 10 mañana.* A la altura del muelle de Nueva York ha sido hallado flotando, enganchado a unas ramas de la orilla, el cadáver de un hombre. Trasladado a tierra resultó ser Santino Neri, uno de los americanos llegados estos días a nuestra ciudad a bordo del yate de lujo Reina María Cristina. El fallecido presenta un disparo a

la altura de la sien derecha, lo cual coincidiría con la denuncia realizada por una mujer que declaró a la Policía haber oído gritos y tiros en la zona a eso de la medianoche.

Por coincidir en tiempo con los fuegos de artificio lanzados para celebrar la inauguración de la Exposición Iberoamericana, no se tuvo en cuenta el relato de la señora, a la que creyeron confundida por el espectáculo de luces y sonidos.

Santino Neri era el chauffeur y guardaespaldas de la célebre artista cubana Belinda Miller, de la cual se desconoce su paradero actual.



**Audiencia Provincial**





**Porque una ciudad es algo más que tierra.  
Desde el cielo todo lo veo.  
Han definido mi esencia marcando límites.  
Son territoriales. Creen que me poseen.  
No todos llaman mi atención. Solo algunos...**



**M** EJOR SERÁ QUE COMIENZE POR EL PRINCIPIO, PERO reconozco que me cuesta elegir uno. Seguramente no nos pongamos de acuerdo en esto. ¿Qué dio inicio a esta historia? ¿El fuego? ¿El agua? ¿La tierra? ¿La mezcla de tierra y agua que compuso la ciénaga primordial?

Quizás debería empezar por el instante en el que la Gran Guerra devastó el corazón del capitán Adrien Chevalier. O por el día en el que Ernest Miller se encaprichó de la mulata Linda, dejándola embarazada. O cuando el mafioso Flavio Leone comprendió que estaría dispuesto a matar por el amor de Belinda Miller.

Belinda... La hermosa Belinda...

Te contaré algo sobre Belinda: corría por sus venas sangre africana, pero tenía piel de blanca besada por el sol. Y sus ojos... ¡Santo cielo! Esos ojos eran como el oro dulce que se sacaba de la caña de azúcar. ¿Has visto alguna vez un atardecer en la playa? Pues esa luz, pero en sus ojos.

Sí, has acertado. Ella era el tipo de persona que llama mi atención.

Ya ves que tengo unos cuantos principios. Supongo que te dará igual por dónde empiece, con tal de que empiece de una vez. Está bien. Elijo el 19 de mayo de 1930; el día en el que el zepelín aterrizó en los campos de Hernán Cebolla. Ese multitudinario acontecimiento facilitó que encontraran semienterrado aquel fémur humano.

Al final parece que comienzo hablando de la tierra. Pero volvamos al cielo.

No era la primera vez que el Graf Zeppelin sobrevolaba el Guadalquivir. El año anterior, a solo quince días de la inauguración de la Exposición Iberoamericana, ese formidable monstruo que atravesaba el firmamento con una majestuosidad pasmosa, teniendo en cuenta su portentoso tamaño, surgió del horizonte con la elegancia de un pez mítico. De pronto el azul del cielo se convirtió en azul del mar, y las nubes en la espuma de las olas. Un avión se colocó sobre él y tomó fotos en las que se le veía dando vueltas a la Giralda. Se asomaba a las azoteas donde las mujeres tendían ropa interior, camisas y sábanas blancas que se agitaban al aire como gigantescos pañuelos para saludar al cetáceo de más de doscientos treinta y cinco metros de longitud y treinta y seis de diámetro. Volaba a setecientos pies de altura y era capaz de transportar una carga de sesenta toneladas.

Aquel primer encuentro con los sevillanos causó conmoción. Todos ansiaban ver las evoluciones del coloso que encen-

día la imaginación de los amantes de los libros de Julio Verne. El ruido de sus motores espantó a los perros, que corrían por las callejuelas del barrio de Santa Cruz con el rabo entre las piernas. La sombra que proyectaba confundió a los ancianos, y más de un niño casi se cae del balcón intentando deslumbrar al piloto con un espejito. Un científico explicó para el periódico que se mantenía en el aire gracias a las corrientes de los vientos, las leyes de la aerodinámica y un buen puñado de rezos. Pronosticó que el cuerpo humano no estaba preparado para permanecer tanto tiempo a esa altura, y mucho menos para soportar la endiablada velocidad de los ciento veinte kilómetros por hora que decían que alcanzaba. Pese a todo había una larga lista de espera de valientes que aspiraban a ocupar una de sus veinticuatro habitaciones en el próximo trayecto programado. Un viaje en el que se servía comida y cena a la carta con la exquisitez de los mejores *bistrots parisiens*.

La intención última era crear un puente invisible para unir Europa y América mediante dirigibles. Pero la Sociedad Transaérea Colón, responsable de la tarea, no encontraba más que trabas. Los franceses acusaron a los alemanes de construir aeronaves bajo cobertura legal española con un volumen superior al que se había estipulado en el Tratado de Versalles. Estuvieron más de un año enredados en tiras y aflojas hasta que por fin, el 19 de mayo de 1930, el Graf Zeppelin alzó el vuelo desde un pueblo alemán de nombre impronunciable para muchos sevillanos. No solo surcaría las nubes, sino que tomaría tierra, de modo que cientos de personas se dispusieron a acoger al que los periódicos habían bautizado ya como «el plateado trotamundos de los cielos».

El calor asfixiante no desalentó a los curiosos que atcharon desde primera hora de la mañana la Carretera de Carmona con sus vehículos de tracción a motor, y otros tantos más

de tracción a sangre. La corporación municipal en pleno, y las familias más ilustres, se engalanaron con los trajes que estrenaron el último Domingo de Ramos; las mujeres con leves vestidos de raso color palo de rosa, como dictaba la moda en París. Los hombres con trajes de tres piezas de lino color crudo y sombreros de pajilla.

El campo de Hernán Cebolla se llenó de puestos ambulantes. Los vendedores pregonaban a gritos sus productos: garrapiñadas, algodón de azúcar, trocitos de coco, manzanas de caramelo, cucuruchos de pipas, maíz frito... Los fotógrafos con cámaras con *flash* de magnesio, los periodistas libreta en mano, los niños con sus tirachinas, el obispo pertrechado de su turiferario, listo para bendecir el artefacto que llegaba de tierras paganas.

Una compañía y un escuadrón de la Guardia Civil vigilaban la zona alambrada en la que iba a amarrarse el zepelín, espantando con severidad a todo el que se acercaba demasiado, «oiga usted, que la operación de amarre no es ninguna gansada». Los maestros llevaron a los escolares para que aprendieran a apreciar las maravillas de la ingeniería alemana, aunque lo único que las criaturas admiraban eran los globos rellenos de helio que una fábrica había diseñado expresamente para esa ocasión con forma de zepelín. Envolviéndolos a todos, la música de la banda municipal que tocaba intercaladamente himnos militares y marchas de Semana Santa sin hacer pausas.

Poco antes de las cinco de la tarde alguien creyó haberle visto. Con la mano haciéndose visera lanzó los primeros gritos: «¡Ahí está! ¡Lo veo!». Y otros cuantos le remedaron: «¡Ahí está!», «¡Sí!», «¡Sí!». Aunque más de uno no estaba seguro de si se trataba realmente del dirigible, o de una cigüeña despistada, o de una mota de polvo enredada en las pestañas. Tuvie-

ron que pasar unos minutos hasta poder reconocer todo el esplendor de su silueta afechinada, seguida por la sombra gigante de pez aplastado que dejaba en el campo.

Al llegar a la altura del cortijo de Hernán Cebolla, el Graf Zeppelin localizó el gran espacio central rodeado de público en el que se levantaba el mástil de amarre, y comenzó a hincar el pico. Los soldados del cuerpo de ingenieros corrían de un lado a otro como ratones asustados, intentando cumplir las órdenes que su superior les daba a gritos: «¡Venga, muchachos!»». «Que no se diga». «¡Corred!»». «¡Más deprisa!»». «¡Hombre por Dios!»»...

Los curiosos contenían la respiración. Ya podían ver las caras de los pasajeros pegadas a los cristales de lo que era el comedor de la nave. Saludaban alegres, como si los de abajo y los de arriba se conocieran de toda la vida. La tripulación del dirigible lanzó una cuerda y más de cincuenta soldados corrieron en su busca. Otra cuerda. Otra más... se arremolinaban asiéndolas con fuerza, tirando unos, cayendo al suelo otros, arrastrándolos unos metros. Se levantan, tiraban más, otros volvían a caer, más abajo, un poco más, con más brío. El artefacto fue cediendo, balanceándose hasta que poco a poco se posó en el suelo. Serían las cinco cuarenta cuando por fin se rindió. Lo ataron al mástil y allí quedó, dócil, igual que los globos de feria anudados a las muñecas de los niños.

El recibimiento fue entusiasta. Entre vítores y aplausos por bulerías, los viajeros se enfrentaron a la avalancha de preguntas de los periodistas, sonriendo con jactancia para los fotógrafos: «¿Se hace difícil respirar allí arriba?»». «¿No sienten claustrofobia?»». «¿Notan la presión?»». «¿Es cierto que han tenido que firmar un compromiso de no fumar en el interior del zepelín?»». «¿No tienen ustedes miedo?»». «Oh... no...

¡Por supuesto que no! Esta forma de desplazarse es la más segura que existe».

Poco podían imaginar esos aguerridos viajeros que siete años más tarde otro dirigible explotaría en pleno vuelo. Caería a la tierra envuelto en llamas ante los espeluznados ojos de los periodistas: «Es una caída terrible, señoras y señores, hay humo y está en llamas ahora... y la estructura está cayendo al suelo, no muy lejos del mástil de amarre. ¡Oh, la humanidad, y todos los pasajeros gritando! No puedo hablar... no puedo, señoras y señores. Escúchenme, voy a tener que parar durante un minuto porque esto fue lo... lo peor que he visto nunca».

Aquel accidente puso fin a la prometedora era del dirigible.

Pero en ese momento, los curiosos lo único que querían era ver el espectáculo del zepelín. El sol lucía radiante y el artefacto hacía una estupenda sombra. Una vez que los viajeros se retiraron al hotel, se permitió que los emocionados ciudadanos visitaran el interior de la nave en grupos de diez. Se habilitó un servicio especial de autobuses que harían la ruta de ida y vuelta al centro cada hora, durante toda la noche, para que nadie se quedase sin verlo por fuera y por dentro. Les hacían un recorrido por todas las cámaras, comenzando por el comedor, un espacio de unos cinco metros cuadrados que era el corazón de la vida a bordo. En la parte delantera, un pasillo conducía al mirador del comando, el punto más avanzado de la barquilla. A uno de los lados de ese pasillo se encontraba la cocina eléctrica y al otro la estación de radiotelegrafía. Detrás del comedor había otro pasillo que daba acceso a las diez cabinas, con capacidad para veinte viajeros.

Aquella noche los sevillanos velaron el Graf Zeppelin como lo hubieran hecho con un familiar enfermo. El cortijo de Hernán Cebolla se convirtió en una improvisada Feria de



Abril en mayo, con los puestos de bebidas y bocadillos abiertos hasta bien entrada la madrugada.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, cuando los viajeros regresaron junto al dirigible, el público seguía igual de entusiasmado que la tarde anterior. El Graf Zeppelin yacía con la panza asentada en tierra firme, desayunando su gas por una manguera introducida en su proa. La prensa había anunciado que ese día se sumarían a la expedición tres viajeros más: el infante don Alfonso de Orleans, el teniente coronel Herrera y la duquesa de la Victoria, invitada por la casa Zeppelin. Por desgracia para esta última, su señor marido exigió ser invitado también y, ante la imposibilidad de complacerlo por el número controlado de pasajeros, el duque negó el permiso a su esposa para realizar el viaje. Los periódicos señalaron que llegaría el día en el que el zepelín no sería motivo de divorcio, pero todavía era un don juan veleidoso que causaba alboroto en las familias y que seducía por igual a mujeres y hombres.

A las ocho treinta ya estaban a bordo los pasajeros y la tripulación. También una estampa de la Macarena regalada por su cofradía que colgaron en el comedor, junto al mapa. A las nueve treinta desengancharon el dirigible del mástil. Unos soldados lo alzaban en hombros y otros tiraban de los cables mientras se levantaba oblicuamente. El pez jurásico se elevó sin contratiempos, con cierta elegancia, entre los chirridos de su esqueleto y los gruñidos del motor, hocicando, buscando las nubes, entre aplausos, ondeos de banderitas, silbidos, aspersiones de agua bendita, acunado por la misma melodía que lo recibió: un himno militar, una marcha de Semana Santa, un himno militar, una marcha de Semana Santa... dejando atrás la tierra, los árboles, los hombres, las mujeres y los niños que corrían persiguiendo su estela, apuntándole con sus tirachinas, fantaseando con que lograrían derribarlo.

Uno de ellos —el más fanfarrón, el de la cara de malo, el mellado de las rodillas con costras y remolino indomable en la frente— tropezó con algo y cayó al suelo. Su amigo —uno también fanfarrón, pero menos— frenó en seco para auxiliarle. El primero se levantó de un brinco, rechazando la ayuda con desdén. De mala gana se sacudió la arenilla de los pantalones y volvió la vista atrás. No estaba seguro de dónde había tropezado. Su amigo le insistía en que eso no tenía importancia; el zepelín se les escapaba. Pero el fanfarrón seguía escudriñando el suelo y no tardó en dar con lo que buscaba. Algo sobresalía de la tierra. Lo rodeó en silencio y luego se acuclilló para mirarlo más de cerca. No se atrevió a tocarlo.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó el amigo menos fanfarrón.

—Calla, idiota.

—¿Qué es eso? ¿Una rama?

—Creo que es un hueso. Y es grande.

Una protuberancia surgía del albero, semejante a la raíz de un árbol. No se parecía en nada a los huesos del esqueleto que tenían en una de las esquinas de clase; tan blancos y nacarados. Este lucía tono tostado, como si estuviera oxidado.

El maestro de los chicos se acercó para ver qué estaban haciendo.

—¡Maldita sea! —dejó escapar antes de poder retener la exclamación con las manos.

—¿Es un muerto? —le preguntó el fanfarrón.

—¡Corred! ¡Llamad a los guardias! —les ordenó el maestro.

Y así fue como encontraron el fémur solitario. El fémur sin nombre. Por casualidad. Por culpa del zepelín que atrajo a

la multitud hasta una tierra despoblada. Encontraron el fémur por el tropiezo de un niño fanfarrón que corría por donde no debía. Si no hubiera sido por eso, quizás jamás hubieran encontrado el fémur.



**Y ahora tengo que pedirte disculpas...**



Quizás comprenderías todo mucho mejor si hubiera comenzado la historia ocho años antes, hablándote de otro muchacho —nada fanfarrón— que vivía en el lado opuesto del océano; en La Habana. Ocho años atrás el sonido de una avioneta le obligó a mirar el cielo, y entonces una lluvia de panfletos le cayó encima. El chiquillo, de piel color té flojo y sonrisa luminosa, aferró uno de ellos. Promocionaba la Exposición Iberoamericana que se celebraría en Sevilla. Aunque lo que llamó su atención fue la imagen representada en él. Una mujer con mantilla y peineta, cubierta únicamente de cintura para abajo por una tela vaporosa, mostraba libre, con los brazos abiertos al mundo, orgullosa y sin pudor, sus pechos livianos, dejando tras de sí la estela de las banderas nacionales que participarían en la Exposición.

El joven continuó inmóvil, hechizado, mirando el panfleto, mientras la avioneta se hacía invisible en el cielo.



**He intentado empezar por el principio.  
Aunque puede que me haya embrollado un poco.  
En fin... No es momento de reproches.  
Lo hecho, hecho está.**



Debemos regresar al asunto que nos ocupa: un hueso. Y es humano. Te habrás imaginado ya que hay una víctima. Concéntrate. Los buenos investigadores no gastan su energía buscando posibles asesinos. Debes investigar a la víctima.

Esta es la pregunta que debes hacerte a partir de este momento: ¿quién es la víctima?

# CAPÍTULO I

## El Noticiero Sevillano

EDICIÓN DE LA MAÑANA

A una semana de la solemne ceremonia de inauguración de la Exposición Iberoamericana

### La Familia Real presidirá el acto

El Jefe de Gobierno, General Primo de Rivera, pronunciará el discurso de apertura

Por GONZALO AGUILAR

El gran Certamen Iberoamericano ha sufrido en su gestación muchas vicisitudes y no pocas torceduras, entre las que se cuenta la enorme conmoción que supuso la Gran Guerra. Pero al fin parece que todos los contratiempos se han subsanado. Ya ha sido fijado el programa de los actos que se celebrarán en Sevilla para inaugurar el evento.

Jueves, día 9. — Por la mañana, a las doce, solemne

apertura en la Plaza de España con el ceremonial que se determine.

Por la tarde: Visita de S. M. y el Gobierno a las instalaciones oficiales del Comité (Historia retrospectiva de Sevilla, Historia del Descubrimiento y Colonización de América, etc.) y, por general, a todas las instalaciones de la plaza de España.

Por la noche: De nueve a nueve y media, banquete de gala ofrecido por el Comité a S. M., Gobierno y representantes diplomá-

ticos de Portugal y América y personalidades que se determinen, en el Casino de la Exposición.

### Función de gala

Terminada la cena, asistirán Sus Majestades, Gobierno e invitados a la función de gala que se celebrará en el teatro del mismo Casino, inaugurándolo oficialmente con la actuación de la gran artista internacional Estelinda Miller.





**E**L CAPITÁN FRANCÉS ADRIEN CHEVALIER OBSERVÓ EL rostro que le devolvía el espejo. Estaba tan abstraído escudriñando los entresijos de su propia imagen que este es un buen momento para que te familiarices con sus facciones. Sus ojos podrían definirse azul metálico, o gris mar en días de tormenta. Fríos, o más bien indolentes, como si arrasase consigo un alma asesinada. La nariz recta, la piel blanquísimas, el pelo color miel clara, de forma que sus cejas y pestañas resultaban una leve sombra, casi imperceptible. Fibroso, muy serio, de pocas palabras. Las justas. Hablar demasiado aumenta las posibilidades de meter la pata. A lo largo de los siglos he conocido a muchas personas expertas en meter la pata por ser tendentes a la locuacidad. Pero el capitán Adrien Chevalier no se contaba entre ellas. Sus labios finos y pálidos solo dejaban salir frases gravemente reflexionadas, y únicamente cuando era necesario decir algo. En caso contrario, se mantenía en silencio.

Movió el mentón para echar un vistazo de refilón a su mejilla derecha, luego a la izquierda. Ni sombra de barba. Ha-

bía nacido en Francia pero, cuando el mundo se le puso patas arriba, decidió que quería huir bien lejos, a algún lugar que no se pareciera en nada al norte de Francia en guerra. Algún lugar con color y calor. A algún lugar llamado Sevilla. Las primeras personas que conoció al llegar se extrañaron de que alguien tan joven hubiera alcanzado el grado de capitán. «¡No aparenta usted veintinueve años!», le decían. «Pues sí, veintinueve años tengo», respondía él.



**El capitán Adrien Chevalier decía haber cumplido  
veintinueve años en 1920.  
Pero su alma era la de un viejo.  
Nueve años después seguía sin salirle la barba.**



Se acercó más al espejo, localizó la cicatriz que dejaba una insignificante calva en su insignificante ceja izquierda. Era la señal que le había dejado una de sus muertes. Se alejó, volvió a centrar los ojos azul plomo de su reflejo en los suyos y lanzó un suspiro resignado. Había muerto ya tantas veces que poco le importaba morir una vez más. Volvió a suspirar. Le vino a la memoria el tiempo en el que fue chistoso y alocado, mil años atrás —eso era lo que a él le parecía—. Un chiquillo jovial, despreocupado, travieso, con una perenne sonrisa atrapada en su rostro pícaro. Recordó que, a la tierna edad de doce años, estuvo enamorado de su profesora de inglés, una compatriota de *sir* Francis Bacon llamada *miss* Florence, toda ella como un melocotón: redondita, aterciopelada, pelo anaranjado, ojos acaramelados y olor a mermelada de albaricoque con extra de almíbar. Una simple mirada de *miss* Florence, el roce de su mano, o aspirar su edulcorado aroma cuando se



acercaba para corregir sus ejercicios, provocaban una tormenta en su corazón y ardor en su entrepierna. Ya no recordaba qué fue de ella, o cuándo dejó de verla. Lo que desde ese momento no le abandonó fue el interés por el sexo contrario. Su cuerpo le daba una nueva sorpresa cada día. Se le estiraban las extremidades, le crecía pelusilla en el labio superior, le cambiaba la voz... por no hablar de esos sueños alborotados que convertían sus sábanas en enormes brazos de mujer, provocando que le hirviera la sangre y que la boca se le llenara de agua.

Con quince años era demasiado alto, demasiado delgado, con piernas y brazos demasiado largos, y con la voz de rruiseñor afónico. Su madre le decía que era pronto para preocuparse por su aspecto, que aún estaba en el proceso de alcanzar el definitivo cuerpo de hombre, pero en ese momento él estaba seguro de que caminaba como una garza y de que, estando así las cosas, jamás llamaría la atención de las mujeres.

Y esos eran sus desvelos entonces. ¡Cuánta inocencia! ¿No crees?

Supongo que no hay ni que aclarar que sus conocimientos sobre el sexo femenino eran limitados. La primera vez que vio a una mujer desnuda fue en la escuela, en una manoseada postal en tonos sepia que circuló de mano en mano por debajo de los pupitres de la clase. En ella, una joven absolutamente desnuda, colocada de espaldas a la cámara, de pie en una palangana de minúsculas proporciones, simulaba lanzarse agua sobre la cabeza con una jarra. Su actitud era sensualmente despreocupada, pese a que dos hombres de enormes bigotes, completamente vestidos, se asomaban por encima de un biombo para observarla con ojos lascivos y labios babeantes.

Aquello lo dejó conmocionado, más por la cara de estúpidos que lucían los dos caballeros que por las generosas nalgas de la modelo. Se prometió a sí mismo que jamás, por muy

excitado que estuviese, jamás, jamás, pondría semejante cara de idiota. Si bien era cierto que el trasero de la dama le robó más de una hora de sueño. Tras ello quedó convencido de que tenía que ahondar en el misterio que le suponían las mujeres. Igual que el asunto de la erección era un tema tabú entre los muchachos, imaginaba que ellas debían guardar algún que otro secreto inconfesable. Como todo el conocimiento que tenía del mundo hasta la fecha lo había sacado de los libros, se dispuso a encontrar toda la literatura que se hubiera escrito al respecto.

En una pequeña alacena de su casa —cerrada con llave— su padre guardaba libros que él —con acierto— supuso prohibidos. Desde ese momento, abrir la alacena se convirtió en su obsesión. Tras varios intentos fallidos, el muchacho encontró la manera de profanar la cerradura con una horquilla. Una vez abierta, observó con reverencia el sensorial arsenal de libros, revistas y folletos que su progenitor había ido acumulando a lo largo de los años. Intentó adivinar qué clase de placer se escondía —como una serpiente del paraíso al acecho— en cada uno de ellos. Su padre le hubiera matado de haber descubierto que, cada tarde, durante media hora, el muchacho leía trozos de la *Histoire de ma vie* de Giacomo Casanova, el *Kamasutra*, *Les liaisons dangereuses* de Pierre Choderlos de Laclos, la *Carmen* de Prosper Mérimée...

Buceó en esa literatura hasta que se le encallaron las yemas de los dedos. Sus hormonas detonaron mil resortes. Todo a su alrededor estimulaba sus sentidos: el roce de los pantalones en su entrepierna, la dulce humedad del melón cantalupo inundando su boca, el calor del agua de la bañera, el intenso olor del marisco, los ojos picarones de la carnicera... Solo perdió levemente el brío el día que hizo pellas para irse a fumar detrás de la tapia del cementerio con Paul Roquet, su compa-

ñero de pupitre. Entre calada y calada, el muchacho le aseguró que había mujeres a las que les nacían dientes en la vagina y que, tras copular con los hombres, arrancaban su pene, lo masticaban y después lo escupían.

—Pero... ¿por qué hacen eso? —preguntó con el rostro desencajado.

—Pues porque las mujeres son malas. Es su naturaleza. Desde Eva —concluyó Paul Roquet con seguridad docta, encogiéndose de hombros un segundo antes de darle una calada tan profunda al cigarro que se vio obligado a cerrar con fuerza los ojos y toser un par de veces.

Ya puedes imaginar que con estos despojos de información poco o nada se puede avanzar en el terreno amoroso-sexual. Ante la posibilidad de sufrir una amputación determinó que sería un hombre casto. Casto y puro, como los monjes cartujos o los maniquís masculinos de cartón piedra de la tienda de modas, que carecían de miembro viril.

Para su fortuna, poco tiempo después, sus vecinitas de abajo, las hermanas Renard, llegaron para sacudirle de un plumazo esas intenciones. El día que posaron sus ojos en él era julio y hacía un calor de muerte. El muchacho subía las escaleras en dirección a su piso con el pelo ensortijado pegado a la frente por el sudor, las mangas de la camisa arremangadas, el pecho descubierto, las mejillas sonrosadas y los labios rojos y brillantes. Tropezó con una de ellas, la más pequeña, que era tres años mayor que él. Le sonrió. Él se ruborizó. La muchacha... ¿cómo se llamaba? ¿Valentine? ¿Muriel? Llamó a gritos a su hermana mayor. ¿Cómo la llamó? ¿Sophie? ¿Celine? En su casa siempre las llamaban las hermanas Renard. Eran tan parecidas que nunca hubo necesidad de distinguir a una de la otra. Llenitas, de piel blanca como el merengue, rubias, risueñas... semejantes a esos angelotes que sobrevuelan los retablos

de algunas iglesias. ¿Los has visto alguna vez? Bueno... eso carece ahora de importancia. Lo importante es que, cuando llegó la segunda hermana Renard, ella también le sonrió. Él seguía ruborizado.

—Nuestra madre ha salido. Estamos solas en casa. Estás muy colorado. ¿Tienes calor? ¿Quieres pasar a tomar una limonada?

Él aceptó, aunque mantuvo sus movimientos contenidos dentro de los dictados de la prudencia. No era cuestión de faltar a las normas de corrección. Además, temía que todo aquello no fuese más que una trampa, un juego, una burla de las dos hermanas juguetonas que reían y reían y no paraban de reír. Se mantuvo expectante.

Sophie, ¿o quizás fue Valentine? Tomó la iniciativa. Lo arrinconó contra la pared y lo besó en el cuello. Sacó su lengua caliente y húmeda, subió hasta sus orejas, le lamió los párpados y descendió hasta su nariz, la cual atrapó entre sus labios, succionándola levemente. Él quedó paralizado. Podía sentir los voluminosos senos de la vecina pegados contra su pecho. Hubiera jurado que los dos duros garbanzos que se le clavaban no eran los botones de perlas de la camisa de la muchacha. Sentía miedo, y calor, y vergüenza y sorpresa... y calor. Ella se separó de pronto. Le observó perpleja, sorprendida de que el chico no reaccionara a sus encantos.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta?

—Sí... claro que sí. Mucho. Muchísimo. Me gusta mucho.

Ella pareció quedarse tranquila, pero por la cara de pasmado que lucía su vecino intuyó que debía ir más despacio. Le besó en la boca dulcemente, movió los labios, suaves, densos, calientes. Sacó la punta de su lengua despacio y comenzó a profundizar hasta que tropezó con la del muchacho, y enton-

ces él pudo saborearla. Mientras tanto ¿Muriel? Le bajó los tirantes y desabrochó los botones del pantalón. De un certero tirón lo dejó desnudo de cintura para abajo. Deslizó su regordeta mano hasta su entrepierna y comenzó a manipular la zona. Entonces a él se le vino a la cabeza que estaban tocando partes de su anatomía a las que solo había accedido él, y quizás también su madre en los tiempos de la lactancia. Aquello lo desesperó. Comenzó a besar, a lamer, a apretar, a pellizcar... y poco más. Una miel surgió a borbotones de su cuerpo, dejándole expuesto, con las orejas rojas y los pantalones bajados. Se sintió tremendamente avergonzado. Las observó de reojo, entristecido. Ellas le miraron, se miraron, y rieron a carcajadas. Y él se ruborizó aún más. Se agachó, recogió su pantalón y su amor propio del suelo, se abrochó casi sin atinar, con los ojos vidriosos, y salió de la casa de sus vecinas lo más rápido que pudo. Subió las escaleras como una exhalación, prometiéndose a sí mismo que jamás volvería a salir de su habitación. Y si se viese obligado a salir, se ocultaría con una gorra. Se cambiaría de nombre. Huiría a otro país si era preciso.

Podrás imaginar que no cumplió ninguno de aquellos propósitos.

Seguramente pocas personas del pueblo, incluso muy pocas en París, hubieran llegado a entender la relación triangular que se estableció entre las hermanas Renard y su vecinito de arriba. Bien es cierto que él carecía de cualquier conocimiento previo sobre coqueteo femenino, pero tendría que haber estado ciego, sordo y mudo para haber permanecido impasible ante el sensual asedio de las señoritas Renard. A partir de ese momento todo el interés de los tres se concentró en encontrarse. Él aprendió de memoria los horarios en los que las muchachas se quedaban solas. Se le quedó oído de tísico, atento como estaba al momento en el que oía el portazo y el

repiqueteo de los tacones de la madre descendiendo por la escalera. Ellas le esperaban risueñas, como gatas golosas. Tras el primer desatinado encuentro, él aprendió a darles placer también a ellas. Se demoraba en los lugares adecuados, lamía aquí, presionaba allá, menos acullá. A pesar de la inexperiencia de los tres, conocían las normas básicas de la fecundación, así que tomaron medidas para no complicar las cosas. Y precisamente fueron esos trucos de prestidigitador los que multiplicaron la imaginación y el placer de los jóvenes. Su pasión no les daba tregua. Estaban en la edad de no agotarse, de querer más. Más besos, más caricias, más lenguas húmedas en zonas prohibidas. Pero mientras las dos hermanas se veían cada vez más dichosas, sonrientes y alegres, él vivía bajo mínimos, somnoliento y con la mirada perdida. Su madre, preocupada, le apartaba más carne, le añadía una yema de huevo y un chorrito de coñac a la leche que tomaba antes de acostarse, para darle fuerzas. Pero nada.

Con el agotamiento le dio por pensar. Comenzaron a atenazarle los remordimientos. Le habían educado para ser un perfecto caballero. Había crecido escuchando los seriales radiofónicos románticos que ponía su madre después de la comida, donde hombres carentes de escrúpulos engañaban a inocentes doncellitas jurándoles amor eterno para que les entregaran su pureza. Una vez conseguido el propósito, eran abandonadas sin remordimientos. Las muchachas se veían abocadas a la desgracia desde ese momento.

Él no tenía la sensación de estar engañando a ninguna de las hermanas Renard; muy al contrario. Pese a que se suponía que el sexo era el cebo con el que las mujeres tentaban a los hombres para conseguir llevarlos al altar, ninguna de sus vecinitas parecía interesada en obtener de él ninguna proposición de matrimonio, lo cual comenzaba a molestarle. Lejos de emo-

cionarse con palabras románticas, las hermanas Renard se reían a carcajadas cuando él se ponía tierno, o cuando les regalaba colgantes, anillos, broches o pendientes que tallaba con mimo en el taller de joyería que su padre regentaba. Empezó a darle vueltas a la idea de que lo que hacían no era ni moral, ni limpio, ni cristiano. Su concepto de la hombría no solo se había conformado escuchando los seriales radiofónicos y ojeando las novelas eróticas que su padre escondía en la alacena, también interiorizó la honesta existencia de personajes como Ivanhoe, *sir* Lancelot, don Quijote... caballeros virtuosos que se regían por férreos criterios éticos, movilizadas por la poderosa fuerza del amor romántico. Y así, mientras las hermanitas Renard ideaban nuevos escenarios en los que dar rienda suelta a sus refriegas eróticas: que si bajar al río y hacerlo en el agua, que si en el corral de la abuela ante los ojos impasibles de las gallinas... él se llenaba de remordimientos. Pese a lo divertido que pudiera parecer mantener ese tipo de relación a tres, él consideraba inviable alargarla mucho más tiempo. Se convenció de que debía decidirse por una de las hermanas y cortejarla como Dios mandaba. Hablar con sus padres, formalizar un compromiso y, con el paso de los años, llevarla al altar. Además, cada vez se volvían más descuidados y temía que antes o después los descubrieran y que el señor Renard le abriese un boquete en medio del pecho con la escopeta que guardaba en la despensa.

Pero ¿a quién de las dos elegir? Resultaba complicado decantarse por una de ellas porque ambas le gustaban por igual. Las dos eran dulces, risueñas, blandas, suaves... Muriel ¿era Muriel? Quizás fuese un poco más tímida. No mucho, claro, teniendo en cuenta las circunstancias. Y ¿Sophie? Tenía unos preciosos ojos de corderilla desvalida. A una de las dos le gustaba leer, ¿a quién? ¡Santo cielo! Era una decisión complicada.

Quiso el destino que no tuviera que enfrentarse a ese dilema.

El estallido de la Gran Guerra se escuchó de lejos; tan lejos que casi no le prestó atención. Las vacaciones de verano eran algo mucho más importante en ese momento, sobre todo teniendo en cuenta que las divertidas hermanas Renard comenzaron a aligerar su indumentaria, lo cual facilitaba aún más el acceso a sus encantos. Decidió no darle demasiadas vueltas al asunto; la guerra nada tenía que ver con él. ¿En qué podría afectarle? Vivía en un tranquilo pueblecito de Francia y la amenaza de una guerra, con los desastres que traía consigo, resultaba en extremo irreal. ¡A él qué le importaban las guerras! Nunca había tenido problemas con nadie.

¡Qué pereza pensar en la guerra cuando se podía hacer el amor!

Y con esa certeza se dispuso a disfrutar de los meses de estío.



**Cómo sospechar que era imposible sustraerse a la locura de unos pocos, si esos pocos eran los que dirigían el mundo.**



Justo un año después de que comenzase su aventura con las hermanas Renard, a las once de una soleada mañana de agosto de 1914, unos soldados vinieron a buscarle a casa. Casi no le dio tiempo a despedirse de sus padres. Sin mucha explicación lo metieron en un tren junto con otros jóvenes de los alrededores. Lo único que les dijeron es que iban a luchar por la patria.

¿Cómo pudo pasar? No estaba preparado. Hasta ese momento las batallas, la guerra o los duelos a muerte eran para



él gestas dignas de aparecer en los manuales de historia y en las novelas de aventuras en las que el adversario siempre era malvado y merecía la muerte. ¿Contra quién pelearía él? Algunos de los que iban en el tren parecían tenerlo claro. Muchos se habían alistado voluntariamente, henchidos de idealismo y honor. Se burlaban del enemigo animándose unos a otros entre pitillos y tragos a sus petacas. Ensalzaban a la patria, se arremolinaban en torno a la bandera, clamaban justicia, coreaban el himno nacional: «Si nuestros jóvenes héroes caen / la tierra producirá otros nuevos / ¡listos para luchar contra vosotros!». Parecían no tener miedo, estar felices de formar parte de esa aventura divertida y apasionante que el destino les brindaba. Al cabo de un par de horas la mayoría estaban ya medio borrachos y la mínima sombra de duda que hubieran podido albergar, había desaparecido. Todo acabaría pronto. Sería ir y volver, decían. Que los boches se lo hacían encima cuando veían venir a los franceses, decían. Que las balas del enemigo eran frágiles y huecas. Que se partían en mil pedazos al chocar contra los uniformes franceses, como cascarones de huevo, decían.

Y reían a carcajadas entre frase y frase.

Él también reía, claro.

Reía, pero sin tanto convencimiento. ¿Quién en su sano juicio mandarían a sus soldados a luchar con balas que se pudieran resquebrajar al estrellarse? Pese a que las guerras las ponían en marcha personas que jamás lucharían en ellas, le parecía ridículo organizar semejante barullo sabiendo de antemano que estaba todo perdido.

Lo destinaron al 66 Regimiento de Infantería.

Tal y como imaginó, lejos de lo que se proclamaba en el tren que le había llevado al frente, las balas de los alemanes no solo no se partían en mil pedazos al chocar contra sus unifor-

mes, sino que mataban de lo lindo, al igual que sus granadas y sus obuses. Y no solo eso. Los alemanes protegían sus cabezas con el *stahlhelm*, un casco de combate de acero que nada tenía que ver con el que ellos usaban. Y eso por no hablar de la nueva y terrorífica arma con la que completaban el trabajo: el lanzallamas.

Antes de pisar por primera vez el campo de batalla repasó sus valores éticos. En secreto se hizo la promesa de no matar a nadie. Fingiría, dispararía al aire, pondría cara de malo, gritaría muy alto y con mucha rabia en los ataques.

A la semana de su llegada ya se había convertido en un asesino.

Aquel lugar era el infierno en tierra firme. Una tierra que se convertía en barro tras las habituales lluvias, que se pegaba a los borceguíes dificultando el paso. En mitad de la noche los relámpagos partían el horizonte en dos, y los estallidos hacían lo mismo con las almas. Miraba a su alrededor y no lograba entender qué hacían allí, cómo lograban esos hombres mantenerse en pie. Quizás el amor a su país, o quizás la ración diaria de vino que les nublabla la vista y anesthesiaba el miedo y el dolor.

Contraer la disentería le dio una tregua. Tras varios días padeciendo fiebres, vómitos y diarreas, lo enviaron al hospital de campaña instalado en las afueras de Verdún. Algunos médicos, que renunciaban a curar a los hombres más graves mucho antes de que estos hubieran muerto, se hacían los remilgados a la hora de atender las diarreas sanguinolentas. Así fue como conoció a Nicole Magin, la primera doctora en el Ejército francés, después de que un error burocrático confundiera sus documentos con los de un hombre. Paradójicamente, su condición femenina le negaba la posibilidad de recibir un sueldo como médico y cobraba como una enfermera.

Ella fue la responsable de curar su enfermedad y, mientras se recuperaba, le escuchó y le atendió como una madre. La médico de treinta y seis años nunca se separaba de su perro Dun —por Verdún—, que le protegía de los bajos instintos de los soldados que iban sanado. Algunos echaban tanto de menos los placeres de la carne que, en ocasiones especiales, se disfrazaban de mujeres. Bailaban, cantaban canciones picaronas y coqueteaban con sus colegas de forma grotesca, entre risas. En la oscuridad de la noche, tras algún trago de más, las mentes se confundían y los cuerpos se extraviaban. Al día siguiente despertaban aturridos. Volvían a sus memorias imágenes de las que se avergonzaban; caras, cuerpos, caricias, besos... y decidían entonces que todo era producto de un sueño pervertido del que jamás hablarían con nadie.

Nunca una enfermedad le había sentado tan bien, por eso se quedó bloqueado cuando supo que le darían el alta. Le enviarían de nuevo el frente de Verdún, exactamente al bosque de Caures, un enclave cercano a las líneas alemanas. Estaría al cargo del comandante Émile Drian y sería uno más de los dos mil soldados a sus órdenes. Eran conocidos como los Cazadores.

Pero los siguientes meses, más que cazador se sintió presa. No solo eran los boches el enemigo contra el que tenían que enfrentarse cada día; las trincheras que debían protegerlos se convertían en trampas. En ellas brotó una novedosa enfermedad endémica: el pie de trinchera. Los soldados permanecían tanto tiempo con las botas sumergidas en el gélido barro, con los pies empapados por el agua de lluvia, donde se diluían las heces de ratas y los cuerpos en descomposición, que pronto comenzaron a producirse infecciones. Lo siguiente era la gangrena, que precedía a la amputación del miembro.

Contra los pronósticos de los muchachos que viajaban en el tren que los llevó al frente, aquella guerra no estaba aca-

bando en un abrir y cerrar de ojos. Los odiaba a todos por lo estúpidos y fanfarrones que fueron —y a sí mismo por haber albergado la esperanza de que tuvieran razón—. El enemigo ni siquiera tenía que mirarlos a los ojos para quitárselos de en medio. Las granadas volaban, los obuses arrancaban mordiscos a la tierra, las ametralladoras podían acertar en el blanco a un kilómetro de distancia, los lanzallamas eran una locura, los gases venenosos una pesadilla.

Y el ruido.

¡Santo cielo! Hasta las ratas sufrían ataques de nervios.

Los cadáveres dejaron de tener nombres y pasaron a ser números. La muerte no hacía distingos con los rangos militares. Carecía de importancia el haber estado desde la adolescencia en una academia; igual morían los oficiales, que los suboficiales, que la tropa. Niños que nunca habían sujetado un arma eran ascendidos antes incluso de que el cadáver de su superior fuera retirado de la trinchera. Estando así las cosas, cualquiera podía subir de grado de la noche a la mañana, únicamente para mantener la moral del batallón, para que no sintieran que quedaban abandonados.

Una noche unos soldados alsacianos desertaron de las líneas enemigas y llegaron hasta sus enclaves para advertirles de que los alemanes pensaban atacarlos próximamente. El padre Drian —como sus hombres llamaban al comandante— advirtió de la preocupante situación en la que se encontraban, demandando refuerzos. Pero las autoridades no atendieron a sus llamamientos, de manera que se prepararon para enfrentarse a la situación, intentando minimizar los daños. Ordenó a sus hombres que cavaran más trincheras, que pusieran alambradas, que protegieran sus puestos. El frío y la nieve de los siguientes días se convirtieron en aliados, concediéndoles un respiro. Con ese maldito tiempo el enemigo no se arriesgaría a

atacarlos, pero eso cambiaría antes o después. Todos lo sabían. Rezaban para que no llegara el momento, mientras se mantenían expectantes a la mínima señal.

El 21 de febrero de 1916, a las siete treinta de la mañana, se desató el infierno para los Cazadores. Una tormenta de acero y fuego cayó sobre ellos y destruyó por completo el bosque de Caures. Mil trescientos cañones dispararon un millón de obuses a lo largo de un frente de veinte kilómetros. A las cinco de la tarde detuvieron el bombardeo. El humo se fue diluyendo. La tierra se asentó y la bruma envolvió la imagen grotesca de los cuerpos desmembrados de unos hombres que difícilmente serían reconocidos por sus madres. En apenas diez horas aquel mágico bosque, que habría servido perfectamente de inspiración para escribir un cuento de hadas, se transformó en un campo de desolación.

Las tropas de asalto alemanas entendieron que, tras semejante ofensiva, era imposible que nadie hubiese sobrevivido, de manera que se envalentonaron a hacerse con una buena porción de terreno. Pero los Cazadores no se habían ganado la fama de valientes por sentarse a esperar. Cuando los boches se adentraron en territorio enemigo, encontraron que muchos franceses aún seguían vivos, agazapados, dispuestos a hacerles frente. Los alemanes sacaron entonces sus lanzallamas y apuntaron con ellos las trincheras en las que se escondían los supervivientes. El fuego infernal los obligó a salir a la superficie. Corrían de una zanja a otra como cucarachas descubiertas al abrir la tapa de una alcantarilla, sorteando a la muerte, esperando la llegada de la noche para que los alemanes se fueran a descansar y tener entonces la oportunidad de recuperar el terreno perdido. Pero aquellos diablos eran inagotables. A las cinco de la mañana volvieron a la carga, esta vez armados con bombas de gas. De los dos mil doscientos hombres al mando

del comandante Émile Drian, perecieron mil setecientos, incluido el propio Drian.

Te estarás preguntando qué fue de nuestro protagonista.

Tuvo suerte. Recibió una herida de bayoneta en la rodilla derecha. Vio venir de lejos al soldado que lo hirió; llevaba los ojos inyectados en sangre. Se notaba que corría sin ver, que lanzaba bayonetazos sin apuntar, con los dientes superiores mordiendo el labio inferior, arremetiendo contra las sombras, como un toro de Miura asustado. Intentó esquivarle tan deprisa como se lo permitía la impedimenta que, como su propio nombre indica, no era cómoda para moverse en el cuerpo a cuerpo. Ambos se observaron un instante y comprendieron que la suerte estaba echada. Inevitablemente uno de los dos debía morir y el otro matar. O quizás no.

Una fracción de segundo.

Una decisión importante.

El alemán le clavó su bayoneta y una vaharada brotó de su boca, por el esfuerzo. Con rabia sacó el arma. Acto seguido retomó su alocada carrera, alejándose de él mientras lanzaba de nuevo gritos y bayonetazos a diestro y siniestro.

Al sentir la punzada que le destrozó la rótula lanzó un bramido que escuchó desde fuera. Hasta él mismo se sorprendió de lo alto que podía gritar; jamás había puesto a prueba de esa forma su voz. El dolor era insoportable. Hizo un esfuerzo por hacerse consciente de su pie derecho. En las trincheras había escuchado historias sobre soldados que intentaban levantarse y caminar, sin darse cuenta de que un trozo de metralla les acababa de seccionar las piernas. ¿Le habría pasado eso a él? Intentó ponerse en pie. Sí, seguía allí. Su pierna derecha seguía allí. Cojeaba pero podía seguir apoyándose en ella. Pese a las horribles punzadas lanzó un suspiro de alivio. Ahora tenía que

ponerse a cubierto. Sería absolutamente ridículo haber malvivido en las trincheras durante casi dos años para morir ese día.

Aunque eso era lo que iba a suceder.

A partir de ese momento todo pareció moverse a cámara lenta. Vio cerca a uno de sus compañeros; uno muy agradable que, cuando se enteró de que nuestro protagonista era aprendiz de joyero, le encargó un anillo para su futura cuñada. Él lo talló en una moneda de plata y se lo enviaron por correo a su hermano, que vivía en París. Verle le reconfortó. Extendió su mano para intentar alcanzarlo. Las balas silbaban a su alrededor y los aviones sobrevolaban sus cabezas lanzando obuses que sembraban el terreno de cráteres. Uno estalló tan cerca que los cuerpos de los dos hombres se elevaron por los aires, envueltos en una lluvia de piedras y gravilla. Y luego el terrible golpe. Y el ruido. Y el miedo. Tanto miedo.

Un olor nauseabundo le mareó. Se arrastró hasta su compañero. Le aferró la camisa, intentó incorporarle, verle la cara, buscar en su rostro una señal de vida. Pero no la encontró. Un pavor renovado sacudió su cabeza. No quería ver más muerte. Quería marcharse de allí. Pero ese olor... ese terrible olor... ¡Santo cielo! Le escocían los ojos. No veía. No. ¡No! ¡Estaba ciego! Un instante antes de perder el conocimiento recordó lo que le habían contado sobre los efectos del gas venenoso.

Y la oscuridad envolviéndolo todo.

Esa fue su primera muerte.

Despertó dos días más tarde en un hospital de campaña enemigo, con un terrible dolor de cabeza, tembloroso, sin ningún recuerdo. Un médico alemán le explicó —destrozando la lengua de Molière— que él había sido uno de los pocos supervivientes de su batallón. Los alemanes lo habían sacado inconsciente del fondo de un cráter de obús, con la rótula de la pierna

derecha destrozada, incluidos tendones y ligamentos. Tendría que ayudarse de un bastón para caminar el resto de su vida.

En vista de que el joven parecía ausente, el médico alemán le comunicó oficialmente que era prisionero de guerra y que tendrían consideración con él debido a su rango. Señaló con la mirada la chapa de identificación que colgaba de la cabecera del catre. Él la tomó despacio, aún consternado por la situación en la que se encontraba. No sabía dónde estaba, no recordaba su nombre, era uno de los pocos supervivientes de su batallón, estaba prisionero, tenía la pierna destrozada y cojearía toda su vida...

Crejó que iba a perder de nuevo el sentido. Se aferró a su chapa, lo único que le quedaba.

Capitaine CHEVALIER, Adrien  
N° 1827

Al menos no se había olvidado de leer. Quizás podría comenzar a reconstruirse a partir de eso.

No contestó, ni en ese momento, ni a lo largo de los siguientes días. Fue cuando se dieron cuenta de que había perdido la capacidad de hablar, aunque consideraron que la recuperaría antes o después, ya que no encontraron ningún problema en su sistema fonador que justificase el mutismo. No era la primera vez que veían ese síntoma en otros combatientes. También padecía tics faciales<sup>1</sup> y le asaltaban pesadillas durante el sueño de las que se despertaba agitado.

---

<sup>1</sup> Al comienzo de la guerra los cuadros neuróticos de pérdida del habla, trastorno del sueño, convulsiones musculares, inexplicables espasmos faciales, ceguera histérica y otras afecciones no fueron considerados como patologías.



El médico alemán que le atendió en un primer momento era un gran enamorado de la lengua francesa y de España. Le prestaba libros para que entretuviera el tiempo: los *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving, *Viaje por España* de Teófilo Gautier, *De París a Cádiz* de Alejandro Dumas... y así, poco a poco, el capitán Chevalier relacionó las descripciones de los libros con su vida pasada. Recordó que parte de su carácter estaba conformado por el temperamento de los personajes literarios que le habían acompañado desde que era un niño. La literatura siempre había estado ahí. Le había dado forma a su personalidad, incluso mucho más que las lecciones en la escuela o las reprimendas de sus padres. Casi sin darse cuenta, Adrien comenzó a recuperar la memoria. Un día le vino el recuerdo de los campos de trigo y de maíz que bordeaban su pueblo. De su padre llevándole a recoger champiñones a los bosques con una cesta de mimbre. Vio a su madre en la cocina, preparando *crêpes* de azúcar, y se asombró al pronunciar la palabra «*maman*» con la boca llena de agua y el corazón colmado de amor.

Y gracias a los libros es como le volvieron los recuerdos. Y la voz.

Pasó treinta y dos meses en el campo de prisioneros de guerra alemán de Ingolstadt, en Baviera. No le trataron mal, incluso se consideraba afortunado. Cuando le liberaron, la guerra —la Gran Guerra— había acabado. Pasó los siguientes meses intentando poner en orden lo que quedaba de su vida. Se aferró fuertemente a la idea de que era un hombre con suerte. Con muchísima suerte en realidad, teniendo en cuenta que había salido prácticamente ileso de un infierno en el que diariamente murieron mil hombres durante cincuenta meses. Llevaba todas las papeletas en una tómbola en la que se repartían

balas que él había logrado esquivar. Nunca se había considerado un buen cristiano, pero se planteó si eso podría considerarse un milagro. Se prometió a sí mismo que no permitiría que jamás, nunca, nadie, dirigiese su camino, ni que le señalase a quién debía odiar. Si tenía que morir o matar sería él quien elegiría cuándo y a quién.

Volver a la realidad no le resultó sencillo. Francia estaba elevando al altar de los dioses a los muertos por la patria, porque esa era la única manera que tenían de soportar el dolor por la pérdida de sus seres queridos. Por el contrario los supervivientes estaban bajo sospecha de cobardía. En los ojos de las mujeres que habían perdido a sus hijos, a sus maridos, a sus novios, a sus hermanos... se dejaba entrever un halo de resentimiento. A fin de cuentas la guerra es la única circunstancia en la que se hace habitual que los padres entierren a los hijos.

Muchos de los que aseguraban que la guerra no iba a durar mucho, que incluso era posible que ni siquiera tuvieran tiempo de matar a un solo boche antes de que los devolvieran a sus casas, habían rezado al mismo Dios al que rezaba el enemigo que tenían enfrente, convencidos de que Él estaría de su parte y no de la contraria. Pero aquellos soldados —de uno y otro bando— habían muerto hacía mucho tiempo; precisamente batallando. Las risotadas que alguno de esos soldados lanzó en el tren que los llevó al infierno, acompañarían las peores pesadillas de Adrien Chevalier el resto de su vida.

Los supervivientes retornaron a sus hogares con el tormento escondido en sus petates. Regresaban mutilados, con discapacidades, con marcas horribles. Las calles se llenaron de rostros sin ojos, sin nariz, sin mandíbulas... los *gueules cassées* —caras partidas—, los llamaban. Lisiados sin piernas, desplazándose en cajas de frutas con ruedas, con carteles en el cuello

en los que se podía leer: *Héroe de guerra*, pidiendo limosna con las manos extendidas. Los ciudadanos apartaban la mirada, con gesto de repulsión. Esos tullidos no armonizaban con la nueva sociedad que debía renacer, llena de ilusión y belleza. Estaban hartos de héroes. Ya no eran necesarios cuando no había enemigos que temer. Ya cumplieron su misión. Rechazaban que su horrible presencia les recordara esa amarga etapa que todos anhelaban olvidar. Ya no querían ver el dolor, ni saber nada de tarjetas de peculio, ni de asociaciones de excombatientes clamando derechos. No querían escuchar sus terribles historias de bombardeos, desmembramientos, muertos y sangre. Y eso por no hablar de los que habían regresado locos, dados de baja por neurosis de guerra, algo que muchos relacionaban con la cobardía.

El capitán Adrien Chevalier percibía ese murmullo silente, que en realidad era un grito de reproche: ¡Los verdaderos héroes están muertos! Y daba igual haber regresado giboso por vivir más de cinco años agachado en las trincheras. O sin brazo, o sin pierna, o con el rostro desfigurado, o con el alma destrozada. Estaban vivos, y deberían dar gracias por ello. Ni siquiera los que volvieron condecorados con la Cruz de Guerra, como él, estaban libres de sospecha. A fin de cuentas había pasado los últimos meses lejos del frente.

Ese descorazonador recibimiento terminó por cambiarle para siempre. Gran parte de las cualidades que en el pasado conformaron su personalidad: su sentido del humor, su optimismo, su lealtad, su locuacidad, sus ansias de amar... habían desaparecido. Ya no le quedaban sueños; no soñaba ni despierto, ni dormido. Sin embargo sí tenía pesadillas, y eso cuando lograba dormirse, porque le molestaban los ruidos, aunque se tratase de murmullos lejanos. Tampoco ahondaba demasiado en los recuerdos. Tuvo que reconocerlo: el capitán Adrien

Chevalier era un cascarón vacío, indiferente, frío, desapasionado<sup>2</sup>.

Decidió que ese era el momento perfecto para comenzar una nueva vida, lejos de cualquier recuerdo nefasto. Le condecoraron con la Cruz de Guerra por el tiempo que estuvo prisionero en Baviera. Gracias a ello no tuvo que presentar —como les sucedió a otros— certificados de la causa de su herida, ni documentos en los que constaran los primeros registros de su hospitalización, o las posteriores evaluaciones de los daños que padecía, al examen de una comisión médica. Recibiría sin preguntas la indemnización por su herida en la rodilla. Además, desde el Ministerio de Pensiones, Primas y Subsidios de Guerra, le informaron de que le correspondía de forma vitalicia, por su condición de héroe y mutilado, una pensión mensual que le permitiría vivir con dignidad.

Nunca había tenido tanto dinero. Sintió que eso le abría las puertas de todo lo que quisiera hacer con su vida a partir de ese momento. Recordó las lecturas que le ayudaron a recuperarse, durante el tiempo que estuvo en el hospital de prisioneros; el sol, los naranjos, las cigarreras... entonces lo supo.

Así eligió el capitán Adrien Chevalier el lugar que se convertiría en su nuevo hogar.

Llegó un día de invierno en el que el sol lucía radiante. Se instaló en el corazón del barrio de Santa Cruz, en una de las hospederías propiedad del marqués de la Vega-Inclán, ubicada en la calle Pimienta. Se demoró varias semanas antes de

---

<sup>2</sup> El médico inglés Charles Samuel Myers describió tres casos de este cuadro en un artículo publicado en 1915. Lo denominó *shell shock* (choque de bombardeo) puesto que barajaba la idea de que los síntomas que mostraban los pacientes tenían su origen en las explosiones causadas por los obuses, que alteraban el funcionamiento normal del cerebro.

decidirse por la que sería su residencia definitiva. Buscaba un lugar céntrico, que atesorase la esencia andaluza que él intuyó en las historias que le ayudaron a sobrevivir. Quería estar cerca de la Giralda, del río Guadalquivir, tener un patio que oliese como el agua de colonia Spanish Leather, de la que compró un frasquito antes de abandonar París porque las revistas francesas aseguraban que contenía esencias de limón, geranio y rosas, con un toque de cuero. Más adelante comprobaría que en las calles predominaba el olor del azahar, mezclado en ocasiones con bosta de burro. Aunque para entonces ya se le había terminado el perfume y carecía de importancia hacer comparaciones.

Al final decidió alquilar una coqueta casa de la calle Placentines. Tenía una reja que daba paso al zaguán que se abría a un patio interior cuajado de flores. Tres veces a la semana Manuela, la casera, venía a limpiar, hacer la colada, planchar y a prepararle la comida. La mujer canturreaba mientras movía de aquí para allá los tiestos del patio, apartando la mecedora, las sillas de enea, dando de comer a los jilgueros y revolucionando con sus cánticos por sevillanas las estancias. Pero en cuanto ella se iba, el capitán Adrien Chevalier volvía a inundar el lugar de tristeza. Había elegido esa casa porque no era muy grande. A esas alturas estaba convencido de que era más sencillo llenar de soledad los espacios pequeños.

La primera noche en su nuevo hogar se metió en la cama con la esperanza de volver a dormir a pierna suelta, como cuando era niño. Se había alejado lo suficiente de Verdún como para dejar atrás el sonido de los obuses. Las sábanas olían a los membrillos que Manuela colocaba en los cajones de la ropa recién planchada. Era delicioso sentir el tacto de la tela limpia con la tranquilidad de saber que despertaría al día siguiente. Dos horas después de acostarse, se despertó sobresal-

tado. Lo primero que hizo fue palpar su rodilla lisiada. Creyó sentir la humedad de la sangre, pero su pijama estaba seco. Envuelto aún en la bruma de su pesadilla, se sintió deslumbrado por la luz de la luna que se colaba por la ventana. Le iluminaba el rostro como el foco de una sala de interrogatorios, pero él no tenía respuestas a tantas preguntas. Por mucho que se esforzara en cerrar las puertas con llave, los fantasmas de su pasado podían atravesarlas.

Su mente seguía en guerra.

Habían transcurrido nueve años desde aquella noche, y aún le asaltaban las pesadillas<sup>3</sup>.

Adrien Chevalier dejó de mirarse al espejo. Abrió la caja fuerte que escondía en el fondo del armario y cogió pistola Ruby que los franceses llevaban a la guerra. Los alemanes se la habían quitado el tiempo que estuvo prisionero, pero se la devolvieron una vez que regresó a la vida civil. La capacidad del cargador era de nueve balas, en lugar de las seis o siete habituales. Pensó que a él no le hacía falta más que una para quitarse la vida.

O para quitársela a otro.

Al fondo de la caja fuerte estaba la chapa con el número 1827, junto a la Cruz de Guerra que solo se entregaba a los que

---

<sup>3</sup> Para el psiquiatra y antropólogo inglés William Rivers, célebre por su trabajo con soldados que combatieron durante la Primera Guerra Mundial, resultaba patogénica la represión voluntaria de los recuerdos perturbadores, técnica frecuente entre las víctimas con el propósito de mantener la mente libre de recuerdos dolorosos, aunque ineficaz, pues la memoria no podía abolirse del todo y menos aún durante la actividad onírica. Los afectados de *shell shock* no podían dormir y si lo hacían era entre continuas pesadillas no peores que las circunstancias que vivieron en realidad, de forma que era imposible diferenciar lo vivido de lo soñado.

se distinguían por su heroísmo en combate. Se aferró fuerte a ella, como siempre hacía cuando sentía que le flaqueaban las fuerzas. Encontró también la petaca abollada, y aquella fotografía —la única que tenía con Belinda—, sentados y sonrientes, uno junto al otro, en una de las mesitas del Cotton Club.

Y la carta de amor.

Nueva York, 26 de diciembre de 1926

Mi adorado Adrien, si esta carta ha llegado hasta tus manos es porque, tal y como imaginé, tus sentimientos hacia mí son iguales a los míos; la fuerza de este amor es indomable. Soy tuya; te pertenezco en cuerpo y alma, y así será hasta el fin de mis días, por inmensa que sea la distancia que nos separe.

Ten la seguridad de que a punto estuve de dejarlo todo, Adrien, mi Adrien... pero he de aceptar que es demasiado complicado.

Regresa a Sevilla, amor... y olvídame. Eso es lo mejor para ti: Olvídame.

Te querrá por siempre,

Belinda Miller

—¿¡Dónde estás!?! —masculló mientras hacía el amago de romper la carta.

Pero no lo hizo.

Siguió un buen rato releýndola, repitiendo con los ojos cerrados su letanía: «Dónde estás dónde estás, dónde estás...».

Recordó la cita en el muelle número 8 de Nueva York a la que Belinda jamás acudió. Quienes no faltaron al encuentro fueron los hombres del mafioso de Flavio Leone. Le vino a la

memoria el río Hudson y esos matones que se reían del amor que empujaba a los hombres a jugarse la vida. Pero... ¿dónde estaba Belinda? No, no podía ser... No. Ella no. Ella le amaba. ¿O no? La posibilidad de que ella le hubiera traicionado le destrozaba el corazón. Justo un segundo antes de recibir el puñetazo que le haría perder la conciencia, recordó los besos de Belinda Miller. Sus dulces labios. La miel de su boca.

Esa fue la segunda vez que murió.



**El desamor es una extraña muerte.**

**El corazón de las personas que lo padecen sigue latiendo,  
pese a que vivir deja de tener sentido para ellas.**



Adrien aferró la pistola Ruby y se la llevó a la sien. Colocó el dedo índice en el gatillo y cerró los ojos lentamente, lo cual le dio unos segundos para pensar. Seguro que un disparo haría mucho ruido. Y él detestaba los ruidos. Sí, los detestaba. Volvió a abrir los ojos y suspiró. Se acabó. Tenía que reconocer que si hubiera querido matarse ya lo habría hecho hace tiempo. Se habría lanzado al mar cuando regresaba de Nueva York; de esa manera se habría evitado todo ese sufrimiento. Era evidente que no iba a suicidarse. No tenía valor.

Volvió a suspirar, decepcionado.

—Dónde estás, Belinda... —repitió bajito.

¿Podía todavía aferrarse a la idea de que ella estaba en peligro y debía ayudarla? Ya la había buscado por todas partes. Removió cielo y tierra para encontrarla. Belinda no estaba. Había desaparecido.

No le dio tiempo a mortificarse más. El timbre del teléfono retumbó por el patio. Odiaba ese trasto. No compren-



día cómo se había dejado convencer para poner ese chisme en casa. Caminó a grandes zancadas, todo lo deprisa que le permitía su cojera, y descolgó de mala gana. Sabía quién estaría al otro lado de la línea; el inoportuno, chistoso y políticamente incorrecto Gonzalo Aguilar. Su amigo Gonzalo. Su mejor amigo.

Su único amigo en realidad.

Adrien Chevalier todavía no lo sabía, pero esa llamada iba a poner su mundo de nuevo patas arriba.